

Bernardo Arias Trujillo y Guillermo Valencia

Escribe: VICENTE PEREZ SILVA

Como le aconteciera a nuestro amo y señor don Quijote de la Mancha, el maestro Guillermo Valencia —su afortunado pariente— emprende la tercera salida por los predios de la controversia literaria. En esta vez, lanza en ristre, lo hace en defensa de la violenta arremetida que le endilgara Bernardo Arias Trujillo con motivo de la traducción de la *Balada de la Cárcel de Reading*.

Efectivamente, el maestro Valencia, en 1932, dio a la luz su traducción de la mencionada *Balada* de Oscar Wilde, publicación de escasos ejemplares hecha en la imprenta de Modesto Castillo de Popayán y dedicada a su amigo Alfonso Villegas Restrepo.

Transcurridos cuatro años, Bernardo Arias Trujillo también publica una traducción suya del referido poema en el que Wilde “alcanza su más entrañable acento humano”. En el estudio preliminar que se reproduce en estas páginas, Arias Trujillo se refiere a la versión efectuada por Valencia en términos fulminantes que, desde luego, hirieron “no la sensibilidad de Valencia, sino la sensibilidad del artista convencido de la bondad de su obra”.

Esta manifestación, como era apenas natural, dio base para que la pluma del eximio poeta payanés, punzante como una daga florentina, diera respuesta a quien le había criticado con no poca crudeza y osadía. Conviene recordar, como lo anota Enrique Uribe White, que “en esa época Valencia era y se sentía el Júpiter Olímpico de las letras colombianas”.

El ilustre escritor Benigno Acosta Polo, traductor de la hermosa *Elegía de Mariembad* de Goethe y autor del libro *La Poesía de Guillermo Valencia* (Barranquilla, 1965), escribe al respecto: “El preclaro payanés no se limita a defender su traducción. Complacido pasea al lector por entre los encantos rítmicos y líricos del original inglés y lo va informando sobre la manera como logró los prodigios que diademan su versión. Completa este trabajo con una revisión total de la traducción de Arias Trujillo. En este, como en casos similares, vuelven a darse cita el humanista, el esteta y el erudito, con el prosista de aguzados gavilanes, para reducir a escombros la crítica de Arias Trujillo, y a informe amontonamiento de versos, su versión de la *Balada*”.

Pero antes de entregar los escritos que conforman esta polémica, hemos de traer algunos datos biográficos del famoso autor de la *Balada de la Cárcel de Reading*; del autor que suscitó la polémica, e igualmente, del doctor Aquilino Villegas, quien con altura y suficiente dominio sobre el tema, terció en defensa del traductor inculpado.

OSCAR WILDE, célebre literato inglés, nació en Dublín el 16 de octubre de 1854 y falleció en París el 30 de noviembre de 1900. Desde muy temprana edad dio claras muestras de sus aficiones literarias. En Oxford logró su formación cultural y literaria. El mismo Wilde lo reconoce con estas palabras: “Las dos fechas más importantes de mi vida son aquellas en que mi padre me envió a Oxford y en que la sociedad me envió a la cárcel”.

Wilde es autor de ensayos, cuentos, novelas, poemas, obras de teatro y páginas de autocrítica. De todas sus producciones literarias, que no son pocas, nos limitamos a mencionar las siguientes: *El retrato de Dorian Gray*, *El Príncipe feliz*, *El ruiseñor y la rosa*, *Una mujer sin importancia*, *Un marido ideal*, *La importancia de llamarse Ernesto* y *Salomé*.

A fines de 1895, Wilde fue condenado a la pena de dos años de prisión con trabajos forzados y posteriormente recluso en la cárcel de Reading. En este sitio escribió la *Epístola in carcere et vinculis* y las conmovedoras páginas tituladas *De profundis*, en las que el autor confiesa la falta que sirvió de base para su condena. Recobrada la libertad, Wilde emprende su última obra:

La Balada en la Cárcel de Reading, la que fue publicada en febrero del año siguiente.

“El éxito de Oscar Wilde, escribe uno de sus críticos, débese tan sólo a una razón: la de que se trata de uno de los más finos escritores de las letras contemporáneas, dotado de todas las altas cualidades, talento, gracia, originalidad, agudeza, espíritu crítico, exquisitez estilista que hacen inmortal el nombre de un verdadero creador de arte. Su obra, impregnada de un amplísimo valor de universalidad, es amable y comprensible para los públicos de todas las latitudes, sin reducirse, como ocurre a muchos de sus contemporáneos ingleses, a una sensibilidad racial de difícil exportación y comprensión exótica. Si algo hizo por Wilde el público y más que el público los editores y la crítica, ha sido reparar la injusticia cometida con él por Inglaterra, restaurando, incluso en la misma tierra británica, gracias, sobre todo, al grupo sereno y generoso que capitaneaba el admirable Mr. Robert Ross, la memoria de hombre víctima de la sociedad e imponiendo el respeto y encendiendo el amor a una obra por tantos conceptos importante”.

De todas maneras, no obstante el peso del infortunio que se heredó a su vida, Oscar Wilde fue un escritor realmente original, dotado de singular talento; un artista consagrado que hizo gala de extraordinario ingenio, en fin, un entusiasta cultor de la belleza.

BERNARDO ARIAS TRUJILLO, “talento literario bien dotado y prematuramente desaparecido”, nació en Manizales, departamento de Caldas, el 19 de noviembre de 1903 y murió en Manizales, el 4 de marzo de 1938.

En el breve tránsito de su existencia, caracterizada por una fecunda actividad intelectual, este brillante escritor y libelista de tajante pluma nos legó las siguientes obras: *En carne viva* (1934) prosa política; *Risaralda* (1935) novela de negredumbre; *Diccionario de emociones* (1937) páginas literarias y la *Balada de la Cárcel de Reading* (1936).

Acercas de esta traducción, la castiza pluma de José Camacho Carreño, nos hace la siguiente apreciación al final del ensayo titulado *Arias Trujillo o el criollismo* que aparece como prólogo del *Diccionario de emociones*:

“Con la despreocupación inmaterial de los caballeros de Van Dyck, cuyo espiritualismo y elegancia dijérase vendarlos ante el mundo físico atrayéndolos a interiores visiones, Arias Trujillo parece no escuchar el silencio que lo circuye y bajo sus bóvedas continúa cincelandos hermosura. “La Balada de la Cárcel de Reading”, cuya doliente inspiración abarrotada por lengua concisa y rígida no había tenido hasta hoy quién la transportase a otra fonética, halla en Arias Trujillo su traductor.

Wilde es el más extraño e inaccesible de los artistas ingleses. Sobre su complejo vicioso y contradictorio, que lo arranca a su raza para trocarlo un réprobo excepcional, fermenta la estética de Pater, diáfana como el azul que envuelve la Acrópolis. Así lo vemos trasmutando los signos de la mente, para envasar demencia en voces sensatas y locuciones cuerdas, o cincelandos griego motivo; y con la misma naturalidad, frivoliza bajo los abanicos de Lady Windermere o cae en la cósmica desolación del *Eclesiastés*.

Y, a pesar de todo, Arias Trujillo, en versos de amplia curva castiza moldeada en las líneas literales del poema primitivo, enluta con la inspiración de Wilde el leño donde colgaron a Charles Thomas Wooldridge, sin que un solo compás destemple la portentosa orquestación fúnebre.

Si esta lírica empresa de traducir a Wilde en forma que otros no igualan ni en la fidelidad del texto, ni en la emoción núbil, ni en la pompa métrica, ni en la equivalencia acústica, no jurase cuán religioso, íntimo culto por la belleza practica Arias Trujillo, lo protocolizaría su estilo, hijo y nieto de castellanos maestros por la osatura sintáctica, pero emancipado de su tutelaje peninsular y académico porque en su carabela se echó a buscar la emoción americanista, mulata, andina.

Y en ella es clásico: cuando describe, entalla; cuando relata, vivifica; cuando siente, estremece; cuando razona, persuade; cuando bosqueja, cincela; cuando hiere, ultima. Como el romántico galo él pudiera decir: no soy de aquellos hombres a quienes se puede ofender sin peligro. Porque su belleza, siniestra a veces, como el Laocoonte, es un motivo trenzado de serpientes”.

AQUILINO VILLEGAS (1880 - Manizales - 1940) sobresalió como escritor de aquilatados méritos, político y elocuente ora-

dor. Antonio Alvarez Restrepo, en la semblanza que aparece al comienzo del libro *Las letras y los hombres* (Biblioteca de Autores Caldenses, Manizales, 1945) escribe de su ilustre amigo y coterráneo:

“Letrado y erudito, poseía una cultura humanística notable, y una especie de refinamiento natural que denunciaban en él al gran señor de las letras. Catador muy experto, paladeaba las grandes obras del ingenio literario con el mismo placer recóndito con que un viejo viñador de Francia saborea su copa de añejo vino perfumado”.

Además de la obra antes nombrada, de la cual hemos tomado la defensa del maestro Valencia que se reproduce en estas páginas, Aquilino Villegas publicó en vida: *La moneda ladrona*, una colección de artículos de carácter económico y *Por qué soy conservador*, páginas de concepción política.

Consignados como están los rasgos biográficos de Guillermo Valencia (*Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. XVI, número 2, febrero de 1979), cabe recordar que en el café Kalisaya de París, acompañado por Evaristo Rivas Groot conoció a Oscar Wilde. “Vestía Wilde un terno gris plumizo, de corte esmerado y nada llamativo: parecióme satisfecho escuchando las paradojas de Lajeunesse, crítico vivaz y penetrante...”. Así mismo, creemos oportuno repetir la evocación que hace el maestro de aquel suceso; evocación que se transcribe en el artículo de Manuel Paz Urrutia titulado *Wilde y Valencia* y publicado en la revista *Humanidad* (Popayán, número 21, octubre de 1965). Dice así:

“Nos encontramos en París, hacia la primavera del 1900 —feliz suceso inicial de este siglo para mí—. Y fue que con Gómez Carrillo, quien me presentó ante el egregio bardo de la verde Irlanda, y con Amado Nervo, Rubén Darío, Manuel Díaz Rodríguez, Ernesto Lajeunesse y Evaristo Rivas Groot, nos congregamos en tenida literaria, privada e intensa. Allí se alternó de historia, de política mundial y —ça va sans dire— de la Revolución de las Letras que, bajo los procónsules Gautier, France, Vigny, Verlaine y Banville —para no citar sino astros de primera magnitud en la constelación de Alfa del Centauro—, volcara el viejo templo de la forma poética para modelar con sus ruinas la urna nueva: neoclasicismo, simbolismo, decadentismo,

fue la empresa que campeó desde entonces en la bandera flotante al infinito.

Todos hablábamos, comparábamos y criticábamos escuelas y poetas, mirando siempre al trágico Wilde desbordar los oros de su silencio: (“Estaba yo muerto de susto, — tenía Nervo la cara gris, — pero jamás vi a un poeta triste — oír tan intensamente”...).

Al retirarse de esa inolvidable comunión espiritual, cúpome el altísimo honor de acompañar al poeta genial de la nebulosa Albión, para quien él revaluara el concepto universal de congelación desde el punto de mira del arte y del arte en su proyección poética. Por eso Inglaterra, en su envanecida ostentación de severidad y de justicia, mató a su nuevo Hamlet. (“Todos matamos lo que amamos”).

El príncipe de glaciales emotividades decaía ya al peso de marchita obesidad; la serena tristeza de aquella faz de lord aún me hiela... “*La chaire est triste et lasse*”, me decía al descender los recios peldaños de mármol. Y lo que se salvó de la celda número 33 de la cárcel de Reading, yacía a poco en el cementerio del Père Lachaise, “bien envuelto en su manto de llama”.

¿Qué más? Con ademán inimitable y con una sonrisa que “aún me labra” me extendió la noble mano con este libro...”.

Así dijo Valencia, y nos mostró el ejemplar de la balada inmortal con esta leyenda autógrafa:

To Mr. William Valentia — Oscar Wilde”.

Finalmente, es preciso anotar que, además del maestro Guillermo Valencia y de Bernardo Arias Trujillo, la *Balada de la Cárcel de Reading* ha sido traducida por los siguientes autores colombianos: Alberto Botero G., Jacinto Cárdenas, Guillermo de Greiff, Jaime Tello, Xavier Carreño Harker (Bucaramanga, 1951), Enrique Uribe White (Bogotá, 1952), Mario Reyes Suárez (Tunja, 1958), Rafael Ortiz González (Bucaramanga, 1963) y Jesús Rincón y Serna (Bogotá, 1973). Es decir que, en la actualidad, hasta donde llegan nuestros conocimientos, la literatura colombiana cuenta nada menos que con once traducciones de la *Balada* que tanta aureola alcanzó para su infortunado autor.